El orden nacido del caos

León Trotsky

13 de enero de 1919

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 3-11; también para las notas. En Balachov. Suplemento de *Pravda* del 26 de enero de 1919. El artículo "El orden nacido del caos" fue editado en folleto por las Ediciones del Comité Central Ejecutivo, Moscú, 1919.)

Los soldados alemanes tienen prisa en regresar a sus hogares, abandonando los países donde les arrojó la voluntad criminal de los invasores alemanes. En el camino de retorno son atacados por los regimientos polacos, nuevamente constituidos, que los desarman y a veces los matan. Los anglofranceses y los americanos tienen cogida por la garganta a Alemania y, reloj en mano, miden su pulso febril. Lo cual no les impide exigir del gobierno alemán que los restos de sus tropas entablen combate con la Rusia soviética, impidiéndole liberar los territorios ocupados por el imperialismo alemán. Los belgas, cuyo país se encontraba hasta ayer bajo las botas de ese imperialismo, se apoderan hoy de zonas del Rin puramente alemanas. Los rumanos, reducidos a la miseria y el agotamiento por los estafadores que los gobiernan, y cuya capital es, alternativamente, botín de los alemanes y de los anglofranceses, se apoderan de Besarabia, Transilvania y Bukovina. Los regimientos americanos se instalan en lo alto de nuestro norte hambriento y helado, sin saber muy bien por qué los han traído aquí. Por las calles de Berlín, tan orgullosas no hace mucho del orden de hierro que en ellas imperaba, se precipitan ahora las olas sangrientas de la guerra civil[1]. Las tropas francesas desembarcaron en Odesa[2], al mismo tiempo que extensas regiones de la misma Francia están ocupadas por las tropas americanas, inglesas, austriacas y canadienses, que se conducen con los franceses como con indígenas coloniales. Resucitada después de casi siglo y medio de eclipse, Polonia se lanza al combate, con una especie de febril impaciencia, contra Ucrania y Prusia, y provoca también a la Rusia soviética[3].

---

[1] Se trata de la *insurrección de los obreros y soldados de Berlín, en enero de 1919*. La insurrección fue provocada por la política de traición del gobierno socialdemócrata de Ebert y Scheidemann. A la orden gubernamental destituyendo al jefe de la policía de Berlín, el socialdemócrata independiente Eichorn, los obreros respondieron con manifestaciones de masas. Un día más tarde se iniciaba la huelga general. Al frente del movimiento estaba un comité revolucionario del que formaban parte Karl Liebknecht, Ledebur y Scholtz. Al comité lo apoyaban los espartaquistas y la organización berlinesa de los socialdemócratas independientes. El gobierno entabló conversaciones para llegar a un acuerdo, pero al mismo tiempo concentró fuerzas militares constituidas por la juventud burguesa, estudiantes reaccionarios y suboficiales del antiguo ejército. El 11 de enero, bajo la dirección de Noske, comenzó la represión sangrienta de la insurrección. El 15 de enero, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo fueron asesinados por los oficiales que los conducían prisioneros. [En estas mismas EIS: Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano]

[2] El *desembarco de las tropas francesas en Odesa*, a comienzos de enero de 1919, fue efectuado en cumplimiento del plan general de los Aliados en ayuda de Denikin. Los capitalistas rusos y extranjeros estaban interesados en la industria del Dombás y del Cáucaso. Pese a las divergencias existentes entre Francia e Inglaterra sobre la cuestión rusa, manifiestas ya durante la retirada de las tropas alemanas de ocupación, comenzó una ayuda activa al movimiento de los blancos. En los primeros días de enero los Aliados descargaron en el puerto de Novorosisk cerca de seis millones de obuses, en Sebastopol gran cantidad de aviones y en Odesa treinta tanques. En el curso de enero y febrero llegó a Odesa una escuadra compuesta de barcos de guerra de Francia, Inglaterra, Italia y Grecia, que transportaba tropas de los Aliados destinadas a diferentes guarniciones y a la defensa de los ferrocarriles. Comenzaron a funcionar regularmente las flotas comerciales y militares. El general francés Franchey d'Esperey fue nombrado comandante en jefe de las tropas de los Aliados en Rusia.

[3] Después de que las tropas alemanas evacuaron el territorio de Polonia, el jefe de los legionarios polacos, Pilsudski, fue proclamado "jefe del estado polaco". Debido a la evacuación de la mayor parte de las grandes fábricas a Rusia, la clase obrera polaca estaba dispersa y debilitada. Ello permitió a Pilsudski formar sin dificultad un *gobierno burgués* encabezado por Moraczevski, que inmediatamente adoptó *una actitud claramente agresiva contra el gobierno soviético.* Antes ya de las conversaciones de Brest-Litovsk el

Santurrón hipócrita, Tartufo con apariencia de cuáquero, pero viéndosele el rabo, el presidente americano Wilson recorre la Europa desangrada como representante supremo de la moral, como mesías del dolar americano; distribuye castigos, perdones, y dispone del destino de los pueblos. Todos le llaman, le invitan, le ruegan: el rey italiano, los mangoneadores y traidores menche- viques georgianos, el adulador y humilde Scheidemann, el tigre pelado de la pequeña burguesía francesa, Clemenceau, todas las cajas fuertes de la City londinense, e incluso las comadronas sui- zas. Wilson, remangándose los pantalones, camina sobre los charcos de sangre europea, y ungido por la gracia de la Bolsa neyorquina -que supo jugar a tiempo en la última lotería europea- une a los yugoslavos con los serbios, inquiere el precio de la corona de los Habsburgos, entre dos chupadas de cigarro redondea Bélgica a costa de la Alemania saqueada, y se tortura el caletre dándole vueltas a la cuestión de si podrían utilizarse los orangu- tanes y los zambos para salvar la cultura cristiana de la barbarie bolchevique.

Europa parece un manicomio, cuyos habitantes no saben media hora antes a quién deben degollar y con quién deben fraternizar.

Pero una lección surge irrefutable de las agitadas olas de ese caos: la responsabilidad criminal del mundo burgués. Todo lo que hoy sucede en Europa fue preparado durante siglos por el régimen económico, las relaciones estatales, el sistema militarista, la moral y la filosofía, de las clases dominantes; por la religión de todas las iglesias. La monarquía, la aristocracia, el clero, la burocracia, la intelectualidad profesional, los amos de las riquezas y los detentadores del poder, son los que prepararon los inconcebibles acontecimientos que han hecho de la vieja, "culta" y "cristiana" Europa algo tan parecido a un manicomio.

El "caos" europeo es caos sólo en la forma; en el fondo se reflejan en él las leyes superiores de la historia, de la historia que destruye lo viejo para en su lugar levantar lo nuevo. Sirviéndose de los mismos fusiles, la población de Europa se bate ahora en nombre de diferentes objetivos y programas, correspondientes a diversas épocas históricas. Pero en esencia se reducen a tres: *imperialismo, nacionalismo, comunismo.*

Esta guerra comenzó como una gresca entre los grandes tiburones del capitalismo en nombre de la conquista y reparto del mundo: en esto consiste el imperialismo. Pero para lanzar a la lucha a masas de millones de personas, para envenenarlas a unas contra otras, para alimentar en ellas el espíritu de odio y de exterminio, se requerían "ideas" o "sentimientos" atractivos para las masas engañadas y condenadas al exterminio. Entre esos medios de hipnotización a disposición de los bandidos imperialistas se encontraba la idea del nacionalismo. La vinculación entre gentes que hablan la misma lengua y pertenecen a la misma nación es una gran fuerza. Vinculación que no se dejaba sentir cuando los hombres vivían una existencia patriarcal en sus pueblos o provincias. Pero cuanto más se desarrolló la producción burguesa tanto más se vincularon los pueblos entre sí, las provincias con las capitales, y tanto más las gentes envueltas en ese torbellino aprendieron a apreciar su idioma, este intermediario precioso de las relaciones materiales y espirituales. El capitalismo aspiró a afirmarse, en primer lugar, sobre bases nacionales y engendró poderosos movimientos nacionales en Alemania e Italia fraccionadas, en Polonia despedazada, en Austria-Hungría, entre los eslavos de los Balcanes, en Armenia... A través de guerras y revoluciones, con remiendos y agujeros aquí o allá, la burguesía europea resolvió en parte la cuestión nacional. Así fueron creadas una Italia unida, una Alemania unida, con exclusión de la Austria alemana, pero todo ello con decenas de reyes. Los pueblos de Rusia se unieron en un todo bajo la férula de hierro del zarismo. En Austria

---

camarada Trotsky reconoció la total independencia de Polonia. Nuestro gobierno se dirigió al de Moraczevski con la propuesta de restablecer las relaciones diplomáticas. El gobierno polaco protestó contra la instauración del poder soviético en Lituania y Bielorrusia; el 2 de enero tuvo lugar el fusilamiento de nuestra misión de la Cruz Roja por agentes del gobierno polaco. Al mismo tiempo se desencadenaron las hostilidades en la Galitzia oriental, la Silesia austriaca y la Prusia oriental, sobre la frontera polacorrusa.

y en los Balcanes prosiguió la guerra implacable entre naciones condenadas a vivir en estrecha convivencia e incapaces de establecer formas pacíficas de cooperación.

Entre tanto el capitalismo desbordó rápidamente los marcos nacionales. Los estados nacionales no eran para él más que un trampolín necesario para dar el salto. El capital se hizo muy pronto cosmopolita. A su disposición estaban las vías mundiales de comunicación, contaba con agentes y servidores que hablaban todas las lenguas, y aspiraba a saquear los pueblos del planeta independientemente de su lengua, del color de su piel o de la religión de sus sacerdotes. Al mismo tiempo la pequeña y media burguesía, así como amplias capas de la clase obrera siguieron envueltas en la atmósfera de la ideología nacional. Paralelamente el capitalismo se transformaba en imperialismo y aspiraba a la dominación mundial. Desde el primer momento, la matanza mundial ofreció el siniestro perfil de una combinación de imperialismo y nacionalismo: la camarilla todopoderosa del capital financiero y de la industria pesada consiguió uncir a su carroza todos los sentimientos, pasiones y concepciones engendradas por los vínculos nacionales, por la comunidad de lengua, por el legado histórico común y, sobre todo, por la convivencia dentro del estado nacional. Saliendo al camino para pillar, conquistar y destruir, los imperialistas de cada uno de los campos beligerantes supieron inculcar en las masas populares la idea de que luchaban por su independencia y cultura nacionales. Lo mismo que los banqueros y grandes fabricantes explotan a los obreros y artesanos, los imperialistas se subordinaron plenamente los sentimientos nacionalistas y chovinistas, haciendo creer que los servían y los salvaguardaban. Con esta terrible carga psicológica se alimentó la gran matanza y pudo prolongarse durante cuatro años y medio.

Pero el comunismo entró en escena. También él nació sobre bases nacionales, con el despertar del movimiento obrero, bajo los primeros golpes (todavía tímidos) de la máquina capitalista. En la doctrina comunista el proletariado se opone a la burguesía. Y si esta última se convierte rápidamente en imperialista, en ave de rapiña mundial, el proletariado avanzado se hace internacionalista, unificador mundial. La burguesía imperialista no representa más que una ínfima minoría de la nación. Pudo mantenerse, gobernar, dominar, mientras consiguió (con ayuda de las ideas y sentimientos nacionalistas) tener sujetas a importantes masas pequeñoburguesas y obreras. El proletariado internacionalista era una minoría en el otro polo, pero podía esperar legítimamente que lograría arrancar a la mayoría del pueblo de la esclavitud espiritual del imperialismo. Sin embargo, hasta la última gran matanza de los pueblos, ni siquiera los jefes más clarividentes del proletariado podían sospechar la enorme gravitación que aún tenían en la conciencia de las masas populares los prejuicios del estatismo burgués y los hábitos del conservadurismo nacional. Todo esto se reveló en julio de 1914, que fue (sin exagerar) el mes más negro de la historia universal. No porque los reyes y los bolsistas desencadenaran la guerra, sino porque habían logrado dominar el espíritu de cientos de millones de hombres, engañarlos, extraviarlos, hipnotizarlos y arrastrarlos psicológicamente a su bandidesca aventura.

Pareció que el internacionalismo, estandarte oficial de la potente organización obrera durante decenios, desaparecía de repente entre el humo y el fuego de la carnicería mundial. Luego reapareció, como una minúscula y vacilante llama, en grupúsculos dispersos de varios países. Los sacerdotes y lacayos de la burguesía, sabios o ignaros, intentaron presentar a esos grupitos como restos agonizantes de una secta utópica. Pero el nombre de Zimmerwald[4] se extendía ya como un eco amenazador por las páginas de la prensa burguesa.

Los internacionalistas revolucionarios seguían su camino. En primer lugar trataron de comprender claramente las causas de lo que había ocurrido. La prolongada

[4] En estas mismas EIS, nuestra serie Zimmerwald y Kienthal. I y II Conferencia Socialista Internacional; también en nuestras OELT-EIS: *Zimmerwald y Kienthal*.

época de desarrollo burgués "pacífico", con sus luchas sindicales cotidianas, sus mezquindades reformistas y sus pequeñas disputas parlamentarias, había creado una organización obrera de millones, pero oportunista en sus altas esferas, que aprisionó fuertemente la energía revolucionaria del proletariado. Fundada bajo el signo de la revolución social, la socialdemocracia oficial se convirtió, por la presión de los acontecimientos históricos, en la fuerza más contrarrevolucionaria de Europa y del mundo entero. Su connivencia con el estado nacional, con su parlamento y sus ministros, con sus comisiones, había llegado a ser tan estrecha; el trato con sus amigos-enemigos, con los estafadores parlamentarios de la burguesía y con los filisteos, se había hecho tan habitual, que al desencadenarse la catástrofe sangrienta del régimen capitalista la socialdemocracia no supo ver otra cosa que un peligro para la "unidad" nacional. En lugar de llamar a las masas proletarias a la ofensiva contra el capitalismo, las llamó a defender el estado "nacional". Esta socialdemocracia de los Plejánov, Tsereteli, Scheidemann, Kautsky, Renaudel y Longuet, movilizó al servicio del imperialismo todos los prejuicios nacionalistas, todos los instintos serviles, toda la espuma chovinista, todo lo ignaro y podrido, acumulados en el alma de las masas trabajadoras oprimidas durante siglos de esclavitud. Para el partido del comunismo revolucionario era evidente que ese gigantesco chantaje histórico habría de terminar con el derrocamiento implacable de las camarillas dominantes por sus servidores. A fin de despertar en las masas entusiasmo por el combate, disposición al sacrificio; de suscitar en ellas la simple aceptación de pasar años en trincheras fangosas y malolientes, era necesario alumbrar en su conciencia grandes esperanzas, maravillosas ilusiones. La desilusión y la exasperación de las masas habrían de alcanzar inevitablemente dimensiones proporcionales a la magnitud del engaño. Los internacionalistas revolucionarios (cuando aún no se llamaban comunistas) llegaron a esa previsión y sobre ella construyeron su táctica revolucionaria: "pusieron rumbo" a la revolución social[5].

Dos minorías conscientes (imperialistas e internacionalistas) se declararon una guerra a muerte, y antes de dirimirse en las calles de las ciudades, en la guerra civil abierta, su pugna se desarrolló en la conciencia de millones de trabajadores. Ya no se trataba de conflictos parlamentarios, que incluso en los mejores momentos del parlamentarismo pusieron de manifiesto su muy escasa relevancia educativa. Ahora era todo el pueblo, hasta sus fondos más ignorantes y retrógrados, quien era arrastrado violentamente al torbellino de los acontecimientos por las tenazas aceradas del militarismo. Al imperialismo se oponía el comunismo, diciéndole: "Ahora vas a demostrar a las masas de lo que eres capaz en la práctica; después será mi vez". El gran pleito entre el imperialismo y el comunismo no se resuelve con capítulos de reformas, ni con votaciones o balances huelguísticos de los sindicatos; los acontecimientos son escritos al hierro candente y cada paso en la lucha es sellado con sangre. Lo cual predeterminaba, por sí solo, que la lucha entre el imperialismo y el comunismo no encontraría salida por los cauces de la democracia formal. En las circunstancias presentes, cuando los problemas se plantean de modo tajante, la solución de las cuestiones esenciales del desarrollo social por el sufragio universal habría significado el cese de la lucha entre los enemigos mortales de clase y la apelación a un tercer juez en la figura de las masas intermedias, fundamentalmente pequeñoburguesas, aún no envueltas en la lucha o participantes en ella de manera seminconsciente. Pero justamente estas masas (engañadas por la gran mentira del nacionalismo, desangradas por la guerra, desorientadas, que buscan simplemente una salida y se mueven impulsadas por los sentimientos más contradictorios) no pueden representar un juez autorizado, ni para el imperialismo, ni menos aún para el comunismo, ni siquiera para ellas mismas. ¿Esperar, aplazar la solución de la pugna hasta que esas

[5] L. Trotsky, 25 de enero de1917: "Bajo la bandera de la revolución social", en nuestra serie Trotsky en internet y en castellano.

masas intermedias, desorientadas, vuelvan en sí y saquen todas las conclusiones de la guerra? ¿Cómo, por qué medio? Las pausas artificiales son posibles en las competiciones atléticas, en la arena del circo o en la tribuna del parlamento, pero no en la guerra civil. Cuanto más explosivas se hagan todas las relaciones, todas las necesidades, todas las calamidades, a consecuencia de la guerra imperialista, tanto menor será la posibilidad objetiva de llevar a cabo la lucha en los marcos de la democracia formal mediante un voto unánime a mano alzada. "En esta guerra, tú, imperialismo, has mostrado de lo que eres capaz, y ahora es mi vez; yo tomaré el poder y mostraré a las masas aún vacilantes, confusas, de lo que soy capaz, a dónde las llevo, lo que yo quiero o soy capaz de darles". Este fue el lema de la insurrección del comunismo en octubre, este es el sentido de la terrible guerra que los espartaquistas han declarado al mundo burgués en las calles de Berlín.

La matanza imperialista ha sido resuelta por la guerra civil. Cuanto más enseñe la guerra imperialista el manejo de las armas a los obreros, tanto más decididamente comenzarán los obreros a utilizar las armas en nombre de sus objetivos. Sin embargo, aún no ha sido liquidada la gran carnicería y ya estallan, aquí y allá, nuevos choques sangrientos entre naciones y estados, surgiendo la amenaza de nuevos incendios. En el momento en que el comunismo celebra sus primeras victorias y puede, con fundamento, no temer a eventuales fracasos parciales, las lenguas amarillas de las llamaradas nacionalistas brotan aún del suelo volcánico.

Polonia, ayer todavía estrangulada, despedazada, agotada y desangrada, intenta hoy, en un último sobresalto de borrachera nacionalista, saquear a Prusia, Galitzia, Lituania y Bielorrusia. Entretanto el proletariado polaco crea ya sus sóviets. El nacionalismo serbio busca compensar las humillaciones y heridas recibidas lanzándose al pillaje de los territorios poblados por los búlgaros. Italia se adjudica provincias serbias. Apenas liberados de las garras de los Habsburgos, embriagados por la ilusoria independencia que les han otorgado los todopoderosos tahúres del imperialismo, los checos saquean las ciudades de la Bohemia alemana y amenazan a los rusos en Siberia. Los acontecimientos se acumulan sin interrupción y el mapa de Europa cambia continuamente, pero los cambios más profundos son los que se producen en la conciencia de las masas. El fusil que ayer todavía servía al imperialismo nacional, hoy sirve, sin cambiar de mano, a la revolución social. Después de haber atizado con habilidad y prolongadamente el incendio europeo, a fin de que sus banqueros e industriales pudieran hacer su agosto, la Bolsa americana envía ahora a Europa su máximo encargado, su principal corredor, el pícaro metodista Wilson, para que examine de cerca si la cosa no ha ido demasiado lejos. "¡Ja, ja, ja! (reían no hace mucho los millonarios americanos bien afeitados, frotándose las manos) Europa se ha convertido en un manicomio, Europa se ha agotado, arruinado, Europa se ha transformado en el cementerio de la vieja cultura; nosotros visitaremos sus ruinas, compraremos sus mejores monumentos, daremos generosas propinas a los augustos retoños de las dinastías europeas; liquidada la concurrencia de Europa, la actividad industrial pasará definitivamente a nosotros y los beneficios procedentes del mundo entero afluirán a los bolsillos americanos."

Pero esa risita infame comienza a atravesarse en las gargantas de los bolsistas yankis. La idea de un orden nuevo, de un orden comunista, surge cada vez más poderosa e imperativa del caos europeo. En el tumulto y la confusión de los choques sangrientos (imperialistas, nacionalistas, clasistas) los pueblos más retrasados en materia revolucionaria comienzan a aproximarse, de modo lento pero seguro, a los pueblos que han dejado atrás ya sus primeras victorias. Con la liberación de Riga, Vilna, Jarkov, se levanta ante nuestros ojos, de la cárcel de pueblos que era la Rusia zarista, una federación

libre de repúblicas soviéticas[6]. No hay otra salida, otra vía, para los pueblos de la antigua Austria- Hungría y de la península balcánica. La Alemania soviética será miembro de esta familia que, tarde o temprano, incluirá la Italia soviética y la Francia soviética. La transformación de Europa en federación de repúblicas soviéticas es la única solución concebible a las exigencias del desarrollo nacional de los pueblos, grandes o pequeños, sin perjuicio para los imperativos centralizadores de la unidad económica, primero en Europa y más tarde en el mundo entero.

Los demócratas burgueses soñaron en otros tiempos con los Estados Unidos de Europa. Y estos sueños tuvieron su eco retrasado e hipócrita en los discursos de los socialpatriotas franceses durante la primera fase de la última guerra. Pero la burguesía no pudo unir a Europa porque a las tendencias unificadoras del desarrollo económico oponía la voluntad separatista del imperialismo nacional. Para unir a los pueblos es necesario liberar a la economía del grillete que representa la propiedad privada. Sólo la dictadura del proletariado es capaz de situar las exigencias del desarrollo nacional en sus fronteras lógicas y naturales, y de agrupar a las naciones en una unidad cooperativa. Esto será la federación de repúblicas soviéticas de Europa sobre la base de la libre autodeterminación de los pueblos que la habitan. No hay otra solución. Unión que será dirigida contra Inglaterra si el desarrollo revolucionario de ésta retarda sobre el del continente. Si se realiza con una Inglaterra soviética, la federación europea dirigirá sus golpes contra la dictadura imperialista de América del Norte mientras esta república de ultramar siga siendo la república del dólar, mientras los gruñidos de satisfacción de la Bolsa de New York no se transformen en gritos de agonía.

Por ahora un caos sangriento reina en Europa. Lo viejo se combina con lo nuevo. Los acontecimientos se amontonan, los unos sobre los otros, y la sangre se acumula sobre la sangre. Pero de este caos se alza, cada día más poderosamente, la idea de un orden comunista, y nada podrá salvar a la burguesía, ni sus tratados de Versalles, ni sus bandas mercenarias, ni los lacayos voluntarios de la conciliación y del socialpatriotismo, ni el gran protector americano de todos los facinerosos capitalistas.

Ahora no es el fantasma del comunismo, como hace setenta y dos años, cuando fue escrito el *Manifiesto Comunista*[7], quien recorre Europa; ahora el fantasma son las ideas y esperanzas de la burguesía, y el comunismo avanza por Europa en carne y hueso.

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky en internet y en castellano

germinal_1917@yahoo.es

[6] Después de la revolución en Alemania las tropas alemanas que ocupaban Estonia Letonia, Lituania, Bielorrusia y Ucrania, se apresuraron a regresar a Alemania. El Ejército Rojo comenzó a moverse hacia el oeste y el sur sin encontrar resistencia alguna. Desde el 25 de noviembre de 1918 hasta el 10 de enero de 1919, nuestras fuerzas ocuparon al oeste Pskov, Narva, Dvinsk, Minsk, Yuriev, Riga, Mitava. En Ucrania, abandonada a su suerte por los alemanes, el gobierno de Skoropadski no pudo hacer frente a la sublevación de los obreros y campesinos, huyendo de Kiev. Durante un breve periodo lo reemplazó Petliura. Pero desde el norte avanzaban ya las unidades rojas, reforzándose constantemente. El 3 de enero de 1919 fue ocupado Jarkov, el 12 de enero Chernigov y el 18 Poltava.

[7] *Manifiesto del Partido Comunista* (con amplios anexos), en nuestras OEME-EIS.